

Lecturas desde el margen. En torno a las cartas de María Mas Pozo en el diario *La Prensa* de Nueva York

MARÍA TERESA VERA-ROJAS

ABSTRACT

Puerto Rican writer María Mas Pozo was one of the most frequent collaborators of the Hispanic press in New York City during late 1920s to the 1930s. Among her many works, her letters in *La Prensa's* section "De nuestros lectores" (From our readers) offer an exceptional reflection on topics such as modernity and its institutions, U.S. interventionism and imperialist interests in Latin America and the Caribbean, Puerto Rican nationalism, and racial/ethnic prejudice toward Puerto Ricans in New York. In this article, I elaborate these topics based on the opinions Mas Pozo develops in some of her letters, and I also reflect on the meanings of reading among women within the framework of a mass culture. [Keywords: María Mas Pozo, *La Prensa*, Puerto Rican, New York City, nationalism, imperialism, modernity]

The author (mariatverarojas@gmail.com) holds a Ph.D. in Hispanic Studies from the University of Houston and is currently finishing a Ph.D. in Gender Studies at the Universitat de Barcelona (Spain). Her research and publications focus on early 20th century Puerto Rican women writers in New York City, contemporary Hispanic Caribbean and US Latina/o literature, and more recently contemporary Venezuelan literature and culture. She is the editor of the book *Nuevas subjetividades/sexualidades literarias* (Egales, 2012) and is also co-director of *452°F: Journal of Literary Theory and Comparative Literature*.

LA RECUPERACIÓN DEL TRABAJO DE ALGUNAS DE LAS ESCRITORAS PUERTORRIQUEÑAS QUE PUBLICARON EN LA PRENSA HISPANA EN NUEVA YORK DURANTE LAS DÉCADAS DE 1920 Y 1930 NOS HA PERMITIDO CONOCER LAS REFLEXIONES FEMINISTAS Y LOS DEBATES ACERCA DE LA IDENTIDAD DE LA MUJER MODERNA QUE CIRCULABAN EN EL IMAGINARIO DE LA COLONIA PUERTORRIQUEÑA EN LA METRÓPOLI.¹ Sin embargo, estas escritoras, entre cuyos nombres destacan los de Clotilde Betances Jaeger, Josefina Silva de Cintrón y María Mas Pozo, no solo hablaron acerca de la mujer, sino que también dirigieron su atención, desde una posición de género, intelectual, social y políticamente excéntrica (de Lauretis 2000) a asuntos concernientes a las prácticas modernizadoras de la sociedad norteamericana, a la independencia de Puerto Rico, a las luchas de las colonias puertorriqueña e hispana en la metrópoli, a temas de política exterior y, muy especialmente, a asuntos relacionados con la identidad, la raza y los nacionalismos hispanoamericanos. Estos textos, así como los géneros marginales a los que se circunscribieron sus publicaciones, contribuyeron con la emergencia de nuevos discursos que enunciaron la modernidad, la nación y la identidad puertorriqueñas desde una perspectiva compleja, en la que un sujeto femenino en sus múltiples posiciones se erigía como vocero de la opinión pública, todo ello como resultado y efecto de una de las características que definió la modernidad durante las primeras décadas del siglo XX: la influencia de los medios de comunicación en los modos de socialización y representación de las identidades nacionales.

Tal es el caso particular de la escritora puertorriqueña María Mas Pozo, quien desde finales de la década del veinte comenzó a colaborar activamente en publicaciones en español de Nueva York como el semanario *Gráfico*, dirigido entonces por Bernardo Vega; la revista *Artes y Letras*, de la que Josefina Silva de Cintrón fue propietaria y directora; y el diario *La Prensa*, en el que expresaba su opinión a través de sus numerosas cartas dirigidas al cuerpo editorial de esta publicación, encabezado por José Camprubí. En estos medios, así como en otros de carácter internacional donde también colaboró, como *La Correspondencia* y *El Mundo* de Puerto Rico, la revista *Fémina* de República Dominicana, el *Repertorio Americano* de Costa Rica, o *La Revista Blanca* de Barcelona, España, sus textos se caracterizaron por su posición antiimperialista, la defensa de la independencia puertorriqueña, su apuesta por el apoyo mutuo entre los países latinoamericanos y su problematización de las “libertades” que la modernidad traía consigo tanto a mujeres como a hombres. A través de las relaciones, debates y reconocimientos en los que participaba María Mas Pozo es

posible además dar cuenta de una formación de escritores puertorriqueños, ideológica y políticamente heterogénea, entre quienes figuraban los nombres de Pedro Juan Labarthe, Isabel Cuchí Coll, Carmen Betances de Córdoba, Pedro Caballero y Clotilde Betances Jaeger—esta última miembro de la Asociación de Escritores y Periodistas Puertorriqueños, de la que también formó parte Mas Pozo—, cuyos textos nos llevan a construir una imagen mucho más diversa de la colonia puertorriqueña en la Nueva York, pero sobre todo, nos permiten confirmar que tanto los nacionalismos como las estrategias de oposición al imperialismo norteamericano que se produjeron desde la metrópoli no fueron ideológicamente homogéneas y no vinieron siempre lideradas por hombres de las élites ilustradas y políticas de Hispanoamérica y el Caribe.

En este artículo estudio las cartas de la escritora María Mas Pozo publicadas durante los primeros años de la década del treinta en la sección “De nuestros lectores” de *La Prensa* de Nueva York, sin duda, uno de los más importantes diarios en español para la colonia hispana de esta ciudad. A partir de las consideraciones mencionadas anteriormente, me interesa explorar las contradicciones y particularidades respecto de la modernidad y el imperialismo norteamericanos acerca de los que Mas Pozo reflexionaba en sus cartas. En diálogo con esta reflexión, dedicaré buena parte de mi atención a estudiar sus propuestas de alianza con las naciones latinoamericanas, sus feroces críticas a la imposición colonial norteamericana, así como también sus conflictivas opiniones respecto del prejuicio racial del que eran víctima los puertorriqueños en la metrópoli. En el marco de las negociaciones culturales, raciales y políticas que habían de enfrentar las mujeres hispanas en la metrópoli, en este artículo demuestro la necesidad de acceder a otras lecturas de la modernidad, de la nación y de la migración puertorriqueña de la mano de discursos y sujetos periféricos, quienes, como María Mas Pozo, hicieron de la lectura y de las transformaciones que propiciaba la comunicación de masas una vía de acceso y legitimación de su opinión en el espacio público.

1. DE LECTORAS Y CONSUMIDORAS: RESIGNIFICACIONES DE LA LECTURA DESDE LOS MÁRGENES DE LA MODERNIDAD

Una de las condiciones que caracteriza la emergencia de la mujer como lectora es su relación con el consumo. Dicha relación responde en gran medida a dos fenómenos representativos de la modernidad de entre siglos que también repercutieron en las mujeres en Hispanoamérica y el Caribe. Por una parte, desde finales del siglo XIX, la representación de la “mujer lectora” como “mujer consumidora” vino a ser una imagen recurrentemente invocada por los intelectuales de las élites culturales para demonizar los efectos de la democratización de la lectura entre las masas (Catelli 2001; Silva 2007); pero también para insistir en la censurada emotividad, irracionalidad, inmediatez y

falta de distanciamiento estético que definía la relación de las mujeres con el consumo y con las promesas ilusorias del mercado (Huyssen 2002; Felski 1995). De ahí que las aproximaciones dicotómicas y esencialistas a la modernidad hablen de la feminización de la lectura y del consumo como reveso negativo y prácticas alejadas de las lógicas del progreso. De ahí también la frecuencia de textos que advertían sobre los peligros de la lectura y de sus efectos corporales, asociados con la imaginación y la sexualidad; así como también eran moneda corriente los textos que establecían las diferencias entre buenas y malas lecturas, sobre todo como una advertencia a las mujeres, quienes desde finales del siglo XIX emergieron como público lector, justamente en el proceso de fragmentación de las prácticas de lectura y de la multiplicación de productos impresos dirigidos a lectores populares (Chartier 2010).

De ahí que las aproximaciones dicotómicas y esencialistas a la modernidad hablen de la feminización de la lectura y del consumo como reveso negativo y prácticas alejadas de las lógicas del progreso.

Por otra parte, desde mediados del siglo XIX, las mujeres pasaron a ser uno de los objetivos en la mira de los editores de los medios de comunicación impresos—primero de revistas dedicadas a mujeres, luego de las páginas femeninas de los periódicos—debido a la importancia que habían adquirido como responsables de las decisiones económicas en el hogar. De acuerdo con Dustin Harp (2007), la importancia otorgada a las mujeres como lectoras de la prensa no fue producto de una actitud altruista por parte de los ejecutivos de estas publicaciones, sino que respondió a las necesidades de un mercado y de una industria publicitaria que se valían de y reforzaban su imagen como consumidoras.

En este marco, y a diferencia de lo que ocurría, por ejemplo, con el intelectual decimonónico hispanoamericano (Rama 1984; Ramos 1989), podría afirmarse que el acceso de las mujeres a la lectura y escritura del periódico no se debió tanto al proceso de profesionalización de la escritura y autonomía del campo de las letras, como a su identificación con el consumo y la cultura de masas.

Desde esta perspectiva, resulta imprescindible enfatizar que los significados y valores otorgados a los textos y a los objetos no son fijos ni están inscritos en ellos, sino que deben ser recontextualizados en un proceso de mediación del cual el consumo es solo una de sus partes (Hollows 2000: 114). Esta afirmación debe llevarnos a considerar que el consumo—como también la lectura—es una actividad que supone agencia e

imaginación, es el lugar en el que se forjan las intrincadas conexiones entre los sistemas sociales y las experiencias, deseos y luchas de los individuos (Felski 2000: 68). En este orden de ideas, lectura y consumo comparten el hecho de participar en “*una red de prácticas culturales y sociales* que le dan sentido. Depende de realidades sociales de clase, raza y género, de su capital cultural y de las posibilidades de acceso a la cultura [...]; depende también de las representaciones del saber o del ocio, de las concepciones de la subjetividad, que contextualizan apropiaciones singulares” (Zanetti 2002: 63).

En consecuencia, aun cuando puedan establecerse similitudes entre los vínculos de los letrados con el periodismo y la autonomía del campo de las letras en Hispanoamérica y el Caribe, la formación de las mujeres puertorriqueñas como sujetos intelectuales y públicos en la metrópoli demanda otra lectura, una relacionada con la emergencia de la sociedad y la cultura de masas, los procesos de industrialización y la democratización de la enseñanza, en la que la publicidad y los medios de comunicación vinieron a transformar los tradicionales modos de socialización (Martín-Barbero 1998), pero también el lugar desde el cual se producían los discursos y representaciones de la identidad nacional (Rivas Rojas 2002).

Pero también es imprescindible tomar en cuenta las desigualdades que operaban en el interior de los proyectos e ideologías nacionalistas y los respectivos procesos modernizadores que tuvieron lugar en Hispanoamérica y el Caribe.

De esta forma, en la prensa hispana de Nueva York de estas décadas, así como en las cartas que fueron publicadas en la sección “De nuestros lectores”, la modernidad—y el proceso de modernización de la sociedad y de popularidad de la industria cultural—participa como contexto de posibilidad, pero a su vez como lugar de conflicto y objeto de debate. Este nivel de conflicto debe entenderse a partir de las desigualdades que suponía el ejercicio de una democracia como la norteamericana, cuyo poder se sostenía en gran medida en su papel colonizador y opresor, en este caso en particular, sobre Puerto Rico e Hispanoamérica. Pero también es imprescindible tomar en cuenta las desigualdades que operaban en el interior de los proyectos e ideologías nacionalistas y los respectivos procesos modernizadores que tuvieron lugar en Hispanoamérica y el Caribe. Este escenario de desencuentros, enmarcado en las conflictivas experiencias que definieron la formación de la colonia puertorriqueña en Nueva York, ocupó la atención de muchas de las cartas que hombres y mujeres de la colonia dirigieron a esta publicación. Entre estos lectores se encontraba la puertorriqueña María Mas Pozo,²

quien a lo largo de la década del treinta participó de forma activa en esta sección. A María Mas Pozo y a algunas de sus cartas dedicaré mi atención en las siguientes páginas.

2. LA MODERNIDAD EN CUESTIÓN

Durante la década del treinta, la escritora María Mas Pozo fue una de las lectoras que con mayor frecuencia participó en la sección “De nuestros lectores”. Aun cuando sus cartas en esta sección no estuvieran precedidas por el reconocimiento de su labor intelectual, Mas Pozo contaba con un importante número de colaboraciones en diferentes publicaciones en español de la ciudad de Nueva York, y había compartido debates de gran relevancia respecto del tema de la mujer moderna con figuras un poco más conocidas en la metrópoli, como la escritora Clotilde Betances Jaeger.³ En el marco de esos debates, y como característica distintiva de su posición intelectual, estuvo siempre presente su crítica a la modernidad norteamericana y al avasallante imperialismo de los Estados Unidos, aspectos que de acuerdo con Mas Pozo amenazaban la autonomía de las naciones hispanoamericanas. De ahí una de las características recurrentes de sus cartas: la oposición binaria entre los relatos de un pasado “autóctono”, afincado en las tradiciones culturales y los valores “espirituales” de los pueblos y razas de Hispanoamérica, y su contraste con el materialismo del presente moderno norteamericano. La siguiente carta, publicada el 26 de diciembre de 1930, es un excelente ejemplo de lo anterior:

¿Es el hombre más feliz hoy que cien años atrás? [...]

Hoy tenemos radios, automóviles, autopianos, aeroplanos, dirigibles, cines, en fin, todo lo deseable y, sin embargo, hoy somos más infelices que ayer.

Los tiempos cambian, pero el alma siempre es la misma. El espíritu humano necesita de la unidad espiritual, necesita del amor, de la comunidad de ideas, y de hechos. (Mas Pozo 1930b: 6)

Aun cuando María Mas Pozo, en otro texto que comentaré más adelante, reflexionara acerca de los aspectos positivos de la radio en la difusión de canciones que expresaban el “carácter originario” de los pueblos hispanoamericanos, en esta carta, y en un matiz que recuerda al pensamiento de José Enrique Rodó, denunciaba cómo las maravillas de los inventos tecnológicos que definían el modo de vida norteamericano influían en la infelicidad de los sujetos y en su pobreza de espíritu. Este materialismo era contrastado con la importancia de conservar el valor simbólico de la creación y de la producción no en el fomento de la individualidad, sino a favor de los lazos comunitarios que se producían en la pertenencia a un territorio. Su reflexión no

respondía solo a la nostalgia del allá y del tiempo pasado, sino que, sobre todo, se producía como un cuestionamiento respecto de las imposiciones materiales con las que la sociedad moderna y la mecanización del trabajo suplantaban los valores espirituales y la especificidad cultural de las sociedades en el presente:

En los días de antaño, se usaba [sic] pasar las veladas invernales, las noches, en alegre comunidad, se charlaba, se cantaba, se tocaba la guitarra, se bailaba... no bailando como ahora, solo pensando en la figura que se hará con nuestros “fancy” pasos, pero sí con la alegría inmensa que llenaba nuestro ser en aquel momento. [...]

Hoy, hoy el alma se siente inmensamente sola, en medio de millones de humanos! El hombre inconscientemente hoy se ha aislado, la prisa de ganar el pan y las consecuentes preocupaciones le han hecho apartarse del círculo donde sus antepasados tenían el maná celestial del olvido, donde la congenialidad y la comunidad con sus vecinos le tenían siempre alegre. (1930b: 6)

Como veremos en otras cartas que detallan aún más el tema de la nación, en Mas Pozo existía la duda respecto del valor y efectividad de la democracia como forma de gobierno, así como de la consecuente ciudadanía en la que se sostenían los lazos de protección y respeto de sus congéneres. Como lo demuestra este escrito, la modernidad entraba en contradicción con la comunidad tradicional tanto por el aislamiento que promovía la tecnología, como por la erradicación del pasado “autóctono” y propio en el que los miembros de una comunidad se reconocían como tales a partir de vínculos establecidos por la tierra, el origen, la familia, etc. Desde esta posición elaboraba su censura del consumo, pero también su crítica de lo que entendía como el cultivo de la individualidad moderna—que veía asociada a la democracia norteamericana—, la cual en aras de la libertad de unos pocos incentivaba la mecanización de la fuerza de trabajo, todo ello a costa de la seguridad que otorgaba la comunidad (Bauman 2008: 15–31). De ahí que continuara afirmando en dicha carta:

Hoy, aunque el hombre trabaje, aunque tenga todo aquello que él apetece, se siente, en lo recóndito de su alma, solo e infeliz. Es un algo que nos hace falta, y que el siglo de las invenciones nos ha robado... [...]

Y si buscamos la confraternidad hoy, encontraremos solo chismes, envidias, murmuraciones y crudezas sin límites. [...]

Vivimos una vida completamente ficticia. Procuramos ser lo menos natural posible. [...] [S]ervimos solo para imitar, sin personalidad ninguna, acabando, con eso, por exterminar nuestro yo, para después notar la soledad horrible de nuestra alma. (1930b: 6)

En el orden del simulacro sobre el que décadas después reflexionará Baudrillard (2005) y en correspondencia con el reconocimiento de la pérdida de la “autenticidad” que definía a la obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica (Benjamin 1989), para Mas Pozo la realidad había perdido su referencialidad y sentido originarios. En el proceso homogeneizador que promovía la modernidad hegemónica, se habían dejado de lado “la unidad espiritual” y “la comunidad de ideas” en torno a las cuales se erigían los referentes culturales en los que se reconocían los sujetos (hispanoamericanos). Para esta escritora no se trataba solo de la nostalgia que le sucede a la confrontación de que la realidad ha dejado de ser lo que era, nostalgia que recupera los mitos de origen en los que busca los signos de verdad, objetividad y autenticidad de lo “verdadero”, de lo vivido (Baudrillard 2005: 19). En su caso, como lo reiteraba en numerosos ejemplos, su crítica iba dirigida a la necesidad de construir una comunidad hispana en la metrópoli en la cual pudieran reconocerse y apoyarse las diferentes colonias hispanas que allí habitaban. Pero también sus textos proponían formas antiimperialistas y “posnacionales” de comunidad,⁴ que no solo congregaban en un mismo marco de referencias e intereses culturales, sociales y políticos a los puertorriqueños de la metrópoli y a los de la isla; sino que además inscribía su crítica a la modernidad en contraposición con el reconocimiento y la seguridad que proporcionaba la representación de Hispanoamérica como una comunidad que compartía rasgos comunes en su pasado y presente histórico, social, político y económico. Ejemplo de esto último lo constituye la carta del 25 de julio de 1931. Publicada bajo el título de “El canto criollo”, en esta carta se exponía cómo “el radio”—y por ende, la tecnología—intervenían en la vida cotidiana de los hombres y mujeres de la colonia hispana en Nueva York.

Numerosos fueron los anuncios que, desde mediados de la década del veinte, vendieron radios y listaron su programación diaria en las páginas de *La Prensa*, así como muchos fueron los textos que informaron acerca de su tecnología y funcionamiento. Sin embargo, pocos textos reflexionaron acerca del significado que este invento tenía en la cotidianidad de los sujetos hispanos en la metrópoli neoyorquina como esta carta de Mas Pozo, en la cual quedaba plasmado, a partir de las emociones que despertaban los programas musicales emitidos en la radio, el desplazamiento de las funciones que antes había cumplido la figura del intelectual ilustrado en la representación de la identidad nacional (Rivas Rojas 2002). En su capacidad de congregación familiar y

a partir de los afectos que despertaban las canciones, sus escuchas eran capaces de construir un puente con el pasado individual y las tradiciones colectivas:

No dudo que vivimos cientos de años atrás algunas veces oyendo el radio [sic].

Vivimos el presente y recordamos añorando con penas, recuerdos que nunca volverán.

Bendito el radio [sic], que en el centro del hogar trae tantos recuerdos. Bendito él [sic], que nos hace vivir contentos olvidando por momentos las penas de la vida... (1931e: 6)

Inscrita en las transformaciones que trajo consigo la masificación de la recepción, el ensayo que desarrollaba Mas Pozo devenía en un ejercicio autorreflexivo acerca de la raza hispanoamericana desde el mismo lugar masificado de su producción. A su vez, dicho gesto implicaba el ingreso de la industria cultural en las maneras de autorrepresentarse, que pasaban por la vivencia de una identidad cultural compartida de manera simultánea por personas de diferentes regiones y por la transmutación de la idea política de nación en sentimiento y cotidianidad (Martín-Barbero 1998: 179). Así, en lugar de representar las diferentes caras de Hispanoamérica a partir de los relatos de “lo popular” contruidos institucionalmente, o de ceñirse al americanismo telúrico como saber que ofrecía una propuesta alternativa de unión que contestara el imperialismo asociado a la modernidad hegemónica norteamericana (Ramos 2002: 56–9), en esta carta, el carácter que distinguía y hermanaba a la vez a las razas americanas era posible gracias a la radio como elemento mediador y a las tradiciones musicales de las diferentes naciones del continente.

Las visiones alternativas de la identidad latinoamericana que producían sujetos minoritarios como Mas Pozo rearticulaban las imposiciones de una modernidad imperialista a partir de las mismas coyunturas históricas modernas, esto es, a partir de la participación de sus redes de comunicación y en consonancia con las aperturas sociales y políticas de la esfera pública.

Las visiones alternativas de la identidad latinoamericana que producían sujetos minoritarios como Mas Pozo rearticulaban las imposiciones de una modernidad imperialista a partir de las mismas coyunturas históricas modernas, esto es, a partir de la participación de sus redes de comunicación y en consonancia con las aperturas sociales y políticas de la esfera pública. Estas aperturas eran, asimismo, las que le permitían apropiarse de productos de la industria cultural que, como la radio, se

habían convertido en medios de difusión de la modernización norteamericana, para reconducir sus significados y hacer de las tradiciones musicales hispanoamericanas una de las expresiones que caracterizaban a sus diferentes razas y naciones:

Entre todas las canciones y música que oigo en el radio [sic], las mejicanas amo más... porque esos que cantan, encarnan el alma de un pueblo virgen aun [sic] de sus primeros sueños. Las canciones mejicanas hacen sentir intensamente las fibras de mi alma, y es, porque el sentimiento, la melancolía, al mismo tiempo que cierta ingenua picardía, le da sal a la canción como una queja... Benditos los pueblos que aun [sic] conservan virgen el alma de los primeros días. [...]

Si oímos los tangos argentinos lloran siempre. Y si nuestros cantos borinqueños... la tristeza infinita complementa con ella el amor, porque para nosotros los borinqueños, el amor ha de ser triste para ser sentido, para inspirar, para cantarle y llorarle...

De los cantos cubanos, oímos el guajiro encarnando un pueblo, con su canto de las cosas... [...] recuerdos del alma criolla que vive entera a pesar de cuatrocientos años de civilización europea, el nativo vive aun [sic]. Y el célebre y saleroso negro cubano, conserva su gracia en las famosas rumbas, todo de allá, del centro de Cuba [...]. (1931e: 6)

En diálogo con “Nuestra América” de José Martí, en este texto, Mas Pozo problematizaba la idea de una identidad hispanoamericana esencializada y preconcebida para, en su lugar, establecer alianzas entre las razas—entendida como cultura—de una Hispanoamérica que se reconocía en la diversidad de sus tradiciones culturales. Desde este lugar afirmativo y de resistencia, Mas Pozo enfrentaba los discursos institucionales y las imposiciones coloniales y europeizantes, para construir un discurso en el que prevalecía la especificidad de los pueblos hispanoamericanos por encima de las imposiciones extranjeras—y a pesar de “los cruzamientos de razas”—. Aun cuando estos vínculos se erigieran sobre la idealización colonial de un espíritu inmutable, primitivo y exótico—“virgen”, “nativo”, “salvaje”—, “reflejado” en las costumbres de las razas hispanoamericanas, en su carta, Mas Pozo no solo construía un nuevo mapa cultural de Hispanoamérica, sino que sobre todo daba forma a un “nosotros” en cuya comunión convergían, por una parte, expresiones populares que representaban la diversidad de los pueblos americanos; y por otra, las experiencias de discriminación sufridas por sujetos subalternos—entre los que destaca, muy especialmente, el negro norteamericano—, hermanos por su condición de oprimidos y por haber sido tradicionalmente excluidos de los discursos y proyectos modernizadores (Ramos 1989: 403):

Aun [sic], el negro norteamericano no se ha desprendido de la tristeza que aportó para él la esclavitud. Y podemos oír diariamente los programas de cantos negros, cómo palpita en ellos el dolor de los tiempos coloniales. [...] Al menos, en el canto nuestro criollo y en el canto del negro de Norte América, palpita *nuestra vida*, en todos sus átomos, y sentimos intensamente el alma de nuestras tierras. Menos mal, que aun [sic] tenemos entera la etapa de nuestra primera vida. Menos mal, que el indio querido con su arrogante figura no ha muerto aún. Menos mal, que algo, del salvajismo nuestro conservamos aún intacto, a pesar de los cruzamientos de raza. Menos mal, que aun [sic], nosotros los hispanos americanos, si conservamos nuestras costumbres e ideología, podremos por mucho tiempo aun [sic], saborear el canto de la vida y del hombre, unidos los dos, en santa comunión con la naturaleza. Loor al indio, que a pesar de las civilizaciones, vive aún; el alma de la naturaleza con todo su salvajismo, melancolía y amor... (1931e: 6)

En el énfasis en “nuestra vida”, Mas Pozo formulaba una oposición respecto de los valores de una modernidad “extranjera” con los que se homogeneizaba y estereotipaba la diversidad cultural de Hispanoamérica. En su lugar, exaltaba expresiones de rasgos culturales “propios” de la raza hispanoamericana que habían sobrevivido a imposiciones coloniales y que persistían en las nuevas formas de la vida cotidiana que emergían con la tecnología moderna. De esta forma, y aunque en su texto intentara borrar las tensiones raciales en Hispanoamérica y el Caribe, el gesto de reconstruir una nueva cartografía “americana” fundada en la armonía de la diversidad racial, le permitía intervenir y resignificar, desde la periferia, los discursos nacionalistas y antiimperialistas que habían sido patrimonio de las élites intelectuales y políticas en Hispanoamérica.

El hecho de que la condena al imperialismo norteamericano fuera un tema recurrente en sus textos nos acerca a una lectura crítica de la modernidad y de sus hegemonías, como ocurría en la carta a propósito de Machado, donde una tiranía disfrazada de Estado ponía en tela de juicio el progreso moderno y la importancia de la cooperación y la vigilancia internacional.

En correspondencia con esta posición, María Mas Pozo criticó las políticas de desarrollo económico y la influencia del capital extranjero en el rumbo que habían tomado los gobiernos hispanoamericanos. Por ejemplo, una carta publicada el 28 de enero de 1931 (Mas Pozo 1931c), en la que María Mas Pozo denunciaba los abusos

cometidos por Gerardo Machado, desvelaba los intereses comerciales que, en aras del progreso y a favor de los intereses imperialistas norteamericanos, respaldaban el autoritarismo del dictador cubano. En este caso, fue la matanza de periodistas el hecho detonante que llevó a Mas Pozo a denunciar el despotismo de Machado, y fue la modernidad como coyuntura histórica e intelectual el escenario de racionalidad que evidenciaba la opresión en la que se sostenían los preceptos ilustrados: “No dudo que ante el mundo, hoy el caso de Cuba es un caso triste y sin precedente, en cuanto a lo moderno de nuestros tiempos e ideales se refiere. Porque en Cuba, se asesina ya como quien mata gallinas, sin el temor ni la responsabilidad que ante el mundo, ni como gobierno tiene” (1931c: 6). Las desigualdades entre los proyectos modernizadores latinoamericanos y la consecución de una modernidad socioeconómica—con sus derechos y libertades ciudadanas—son expuestas en esta carta a partir de los abusos de poder con los que Machado, amparado en el capital y los intereses norteamericanos, desatendía la vigilancia internacional y la crítica interna a su gobierno. De esta forma, a través de la denuncia de los procesos de dependencia económica esclavista que se producían con Estados Unidos, Mas Pozo realzaba el orgullo y la productividad que suponía trabajar la propia tierra y extendía un llamado a la unión de la colonia hispana en Nueva York para, mediante el sentimiento de confraternidad que generaba el hecho de pertenecer a una misma raza, denunciar los abusos cometidos en Cuba y trabajar a favor del bienestar y de la prosperidad de Hispanoamérica:

Yo pediría, que todo hispano consciente hiciera una protesta legal, no importa que no seamos cubanos, somos de la raza, son nuestros hermanos que sufren el despotismo de un jefe que ha abusado de la buena fe y del honor del pueblo cubano. Y que esta protesta fuese pidiendo la dimisión del puesto como presidente del gobierno cubano [...]. Es imposible que este estado de cosas perdure por más tiempo, en nuestra bella isla cubana. Y solamente los hispanos que radican en Nueva York y alrededores podrían tal vez cambiar la faz de esta horrible pesadilla, que no dudo, han de sentir los cubanos, pero que sí también, todos aquellos de nuestra raza hispanoamericana. (1931c: 6)

A propósito de esta carta quisiera destacar cómo, desde un lugar periférico, María Mas Pozo problematizaba los procesos de formación con los cuales Stuart Hall (1996: 3–18) explica la emergencia de las sociedades modernas. El hecho de que la condena al imperialismo norteamericano fuera un tema recurrente en sus textos nos acerca a una lectura crítica de la modernidad y de sus hegemonías, como ocurría en la carta a propósito de Machado, donde una tiranía disfrazada de Estado ponía en tela de juicio el progreso moderno y la importancia de la cooperación y la vigilancia

internacional. Como veremos más adelante, también ocuparon su atención otros de los procesos señalados por Hall, entre estos, el protagonismo del pueblo y la emergencia del poder popular; las transformaciones de una economía agraria a una economía industrial; pero muy especialmente, el reconocimiento que tienen las construcciones de identidades culturales en el proceso de formación de la modernidad. Este último aspecto es ciertamente relevante si se toma en cuenta que, aun cuando la ficción de una raza mestiza hispanoamericana—producto de la mezcla de blancos e indios—permeara sus opiniones, las búsquedas de Mas Pozo iban orientadas hacia la necesidad de exaltar en los miembros de la colonia hispana en Nueva York los valores y las diferentes tradiciones de la raza hispanoamericana—o cultura hispanoamericana, como lo llamaría Pedro Henríquez Ureña (Díaz Quiñones 2006: 78)—, con el fin de reconocerse como parte de una comunidad cuyos vínculos identitarios y luchas políticas se extendían más allá de los límites geográficos y culturales de la metrópoli.⁵ Desde esta posición entendía además el potencial revolucionario de los sujetos oprimidos y trataba de generar respuestas críticas que se produjeran desde los márgenes de las naciones e instituciones hegemónicas, una de las cuales encontraba en las formas de asociación colectivas, tanto políticas como culturales, uno de los medios a través de los cuales los habitantes de la colonia hispana podían desarrollar formas de apego e identificación alternativas a los discursos de poder:

Nuestros hispanos de Nueva York, y demás partes de este país, podrían formar asociaciones patrióticas, que tiendan a estudiar los males que afligen a nuestros respectivos países, y unirnos todos para ayudar a aliviarlos mutuamente. Por lo pronto hay que reconocer, que tanto la monarquía como la república en nuestra América ha [sic] sido contraproducente. Porque ello ha dado motivo para conservar a nuestros pueblos oprimidos por algún órgano. En nuestra América, el abandono industrial, y agrícola [sic], así como el analfabetismo es connotado. [...]

Hay que buscar un medio como el antiguo romano, desapareció el poder del patricio, y el plebeyo que era mirado con desprecio, tomó cartas en el asunto iand how! (1931c: 6)

La conciencia de las desigualdades con las cuales Mas Pozo proyectaba el fracaso de los modelos nacionales en Hispanoamérica merece ser destacada. Más aún, esta carta anunciaba con cierto disimulo su búsqueda de modelos de gobierno, que la llevarían a explorar el anarquismo y el comunismo como formas posibles de emancipación intelectual, política y social de las mayorías oprimidas. Y a partir de esas búsquedas se erigía como un sujeto emancipado que, desde su posición excéntrica y marginal

movilizaba otras respuestas y otorgaba nuevos significados a las representaciones de la identidad puertorriqueña y a las experiencias de la modernidad.

Por ejemplo, otra carta, esta vez del 21 de enero de 1931, ponía el dedo en la llaga en los procesos de colonización y, consciente de los intereses económicos que se ocultaban bajo el manto de la búsqueda de la paz, Mas Pozo señalaba: “El todo de los coloniajes. El todo de los países fuertes es atar a los débiles, a sus voluntades, es no más que procurarse la más posible ventaja comercial, estratégica, y tener alguien a quien imponer su voluntad”.

Rita Felski ha señalado que la cartografía de las patologías de la modernidad ha arraigado las perspectivas que consideran a los grupos oprimidos como carentes de cualquier agencia, víctimas silenciadas y otros invisibles, ajenos al transcurrir del mundo (2000: 64). Sin embargo, ejemplos como los que nos ofrecen las cartas de María Mas Pozo desafían las preconcepciones que critica Felski y que le atribuyen pasividad e inactividad a los sujetos coloniales. Por ejemplo, otra carta, esta vez del 21 de enero de 1931, ponía el dedo en la llaga en los procesos de colonización y, consciente de los intereses económicos que se ocultaban bajo el manto de la búsqueda de la paz, Mas Pozo señalaba: “El todo de los coloniajes. El todo de los países fuertes es atar a los débiles, a sus voluntades, es no más que procurarse la más posible ventaja comercial, estratégica, y tener alguien a quien imponer su voluntad” (1931b: 8). A continuación exponía las grietas del pensamiento ilustrado evidentes en las arbitrariedades cometidas por los países soberanos al afirmar: “Es imposible, que si somos civilizados, y con más conocimientos hoy que ayer, todavía, pretendamos mantener la paz por medio de la imposición [en contra] de nuestra voluntad, por medio de injurias al tacto delicado de los pueblos” (1931b: 8). Acercándose al humanismo de Pedro Albizu Campos, en cuyas luchas podemos reconocer el pensamiento de María Mas Pozo, en esta carta rescataba los valores que defienden la dignidad de los sujetos y, una vez más, exponía las contradicciones del progreso, la democracia y la igualdad ante la persistencia de los coloniajes, pero sobre todo ante el intervencionismo norteamericano: “Lo que necesita el mundo, repito, es que se respeten más los unos a los otros. / La dignidad de los pueblos débiles, está sujeta a la conveniencia de los fuertes... / La India humillada con Inglaterra. Nuestras naciones hispanoamericanas, humilladas con la Doctrina Monroe. Las Antillas con el pretexto de que no saben gobernarse...” (1931b: 8).

La perplejidad de Mas Pozo ante el vacío de la sociedad moderna y las arbitrariedades de los gobiernos imperialistas no era un suceso aislado, sino que tenía su correlato en la constante y reiterada necesidad de integración comunitaria que alentaban las publicaciones periódicas, reclamaban muchos lectores y lectoras y buscaban representar las asociaciones y organizaciones cívico-culturales en la metrópoli.

La perplejidad de Mas Pozo ante el vacío de la sociedad moderna y las arbitrariedades de los gobiernos imperialistas no era un suceso aislado, sino que tenía su correlato en la constante y reiterada necesidad de integración comunitaria que alentaban las publicaciones periódicas, reclamaban muchos lectores y lectoras y buscaban representar las asociaciones y organizaciones cívico-culturales en la metrópoli. Asimismo, su crítica a la vida moderna tecnologizada y a la dependencia del capital extranjero se fundamentaba en la necesidad de enfatizar el discurso sobre la raza hispanoamericana como horizonte identitario y soporte ideológico de la independencia puertorriqueña. Sin embargo, como abordaré en la siguiente sección, lejos de responder a un pensamiento y experiencia unidimensionales, en las cartas de María Mas Pozo se entrecruzaban diferentes discursos y lugares de enunciación que nos permiten entrever la heterogeneidad política, social e intelectual de la migración puertorriqueña a los Estados Unidos.

3. CARTOGRAFÍAS EMANCIPADORAS: RAZA, NACIÓN Y ETNICIDAD

En su posición como lectora de la prensa local e internacional, María Mas Pozo elaboraba respuestas alternativas a los proyectos expansionistas norteamericanos sobre América Latina y respecto del presente colonial puertorriqueño. Como escritora, interpelaba a un público lector puertorriqueño asentado en la metrópoli, cuya cotidianidad enfrentaba la crudeza de un entorno social, cultural, político e identitario diferente del que tenía lugar en Puerto Rico. En la mediación entre ambas prácticas intervenían los procesos de resignificación, apropiación y reelaboración de la información que caracterizan tanto al consumo como a la lectura, de allí que sus cartas se caractericen por ser un territorio de encuentros y desencuentros entre diferentes escenarios discursivos—el nacionalista, el hispanista, el anarquista y los cimientos de un discurso étnico—de cuyas intersecciones emergía un nuevo sujeto puertorriqueño y una nueva manera de concebir la puertorriqueñidad.

La carta del 5 de diciembre de 1930, titulada “Puerto Rico en Hispano América” (1930a), me permite argumentar en detalle lo señalado anteriormente. En primer lugar,

Mas Pozo comenzaba su carta no desde la experiencia, sino desde la referencialidad que le otorgaba el periódico como herramienta de saber y medio de socialización. La realidad local en la metrópoli le permitía a Mas Pozo “interferir” en la realidad política, cultural y económica de la isla y, desde esa posición, articular una propuesta de nación cultural mucho más inclusiva, que no solo había de reconocerse en la diáspora, sino que también buscaba fomentar sus alianzas con Hispanoamérica:

Muchísimas veces he leído en LA PRENSA, las justificadísimas quejas que a consecuencia del trato los puertorriqueños, mis paisanos en este país reciben. [...]

Sería bueno, que mis paisanos, en vez de dirigir su mirada salvadora, a las tierras norteamericanas, lo hicieran formando fuertes colonias, donde capitales puertorriqueños industrialicen comercialmente y no se espere solamente a la buena voluntad y protección de los extranjeros. Y que esas esperanzas salvadoras, en vez de ser dirigidas a este país, sean con más razón a las tierras de nuestras razas de la América del Sur. (1930a: 6)

El llamado a la acción que proponía María Mas Pozo se reconocía en las respuestas antiimperialistas lideradas por sujetos periféricos al nacionalismo cultural puertorriqueño, pero también se inscribía en las tradiciones anticolonialistas producidas desde la metrópoli por intelectuales hispanoamericanos.⁶ En este sentido, el interés de esta escritora por fomentar alianzas con los países de la América del Sur se nutría de su rechazo por el modelo de democracia redentora, encarnada en Estados Unidos, pero también era una manera de contestar el insularismo del que se valdrían Pedreira y su generación para achacar el coloniaje en la isla a la docilidad, al “aplatamiento” y al complejo de inferioridad del puertorriqueño. Pero Mas Pozo no restringía su crítica a las imposiciones coloniales sobre los sujetos puertorriqueños en la metrópoli, sino que reprochaba, con mayor ahínco todavía, el empobrecimiento de Puerto Rico y de sus habitantes ante la explotación del capital norteamericano en la isla. Por ello registraba en su carta las crueles experiencias de la migración puertorriqueña, la cual, tras la promesa de prosperidad y libertad, había encontrado en suelo norteamericano enfermedad, pobreza y discriminación. Estos escenarios de ruinas eran contrastados con el recuerdo idealizado de un pasado próspero, que emergía de la nostalgia con la cual la migración puertorriqueña sobrevivía a la añoranza de la isla:

Llegamos a estas playas, con la fe más grande. Empezamos por hacer gastos, sin entrada ninguna. Paseamos las calles, hasta pareciendo a los ojos del nativo como tipos

sospechosos. Se pasan una buena porción de hambre. Otra buena porción de frío. Por fin enfermos del cuerpo y del alma, retornamos, a los verdes campos que un día fueron nuestros un día [sic], cuando amargamente nos quejábamos, de las injusticias que se cometían con nosotros. Sin embargo, aquellos días que no volverán, no fueron días de hambre para nuestra isleta. Eran días de alegría. Cuando el campesino de mi tierra, tenía en abundancia lo que en este país sobra solo para unos cuantos. En aquellos días, que creíamos amargos, había alegría, salud, comida; había vida. Hoy hay desolación, enfermedades y penas sin cuentos. (1930a:6)

Muchas de las cartas de Mas Pozo daban cuenta de la influencia que ejercían en sus argumentos algunos aspectos del nacionalismo construido por las élites intelectuales y políticas en Puerto Rico, entre los más comunes, la exaltación de la figura del jíbaro en la reconstrucción de un pasado rural que enaltecía el apego a la tierra, la herencia hispana y la raza mestiza. Sin embargo, aferrarse únicamente a esta lectura ignoraría el hecho de que Mas Pozo construía un relato identitario mucho más complejo, en el que articulaba la realidad de la migración puertorriqueña en la metrópoli con la tradición y el pasado rural de Puerto Rico, inscribiendo en el mismo imaginario dos escenarios geográficos e históricos diferentes, que hacían de la colonia puertorriqueña en la diáspora una extensión de la historia, del presente y del territorio insular, pero también una consecuencia directa de la pobreza y la explotación que habían traído consigo la fachada liberadora del colonialismo norteamericano:

Hoy tiene que emigrar el nativo para dejar la plaza libre al explotador que en nombre de la humanidad, de la justicia, de la libertad, de la igualdad, se apoderó de nuestra isla. Todas las promesas fueron mentiras. La democracia, la igualdad no existen, existe solo, el engaño, la explotación. Y para eso quisieron nuestra isleta, para explotarla, y lo han logrado. Ellos se jactan de ser libres, y nos tienen por treinta años esclavos de sus intereses. Sud América debería ser nuestro campo de futuras miras, allá viven miles de alemanes, de italianos, de españoles, ¿por qué no hemos de vivir nosotros? El trabajo honrado es la riqueza del hombre, y el hombre que quiere trabaja, máxime, si en esos países no nos humillan y nos consideran como sus iguales. (1930a:6)

La desconfianza de Mas Pozo ante la democracia y los derechos de igualdad y ciudadanía en los que se sostienen los Estados-naciones modernos debe concebirse como una reacción frente a la opresión que ejercía el gobierno de Estados Unidos tanto sobre la soberanía puertorriqueña como en sus intereses expansionistas en Hispanoamérica. La suya era una respuesta crítica y poscolonial en defensa del

derecho de autodeterminación e independencia, y una reacción ante la mirada denigrante y esencialista de los Estados Unidos sobre la cultura, tradición y sociedad puertorriqueñas. Desde una posición diferente a la de Pedreira y de su generación, Mas Pozo ofrecía una imagen empoderada de la identidad puertorriqueña que redefinía la “insularidad” a partir de la inscripción de Puerto Rico en el imaginario racial, político, económico y cultural de Hispanoamérica, pero también a partir de la comprensión de que la nación puertorriqueña no se restringía a los límites geográficos insulares.

Esta lectura de la nación emergía también de la necesidad de desautorizar la opinión pública norteamericana que durante décadas había “exhibido” e “ilustrado” la supuesta incapacidad de los puertorriqueños para regirse soberanamente, argumentos con los cuales el gobierno norteamericano justificaba la ocupación e imposición de su régimen colonial en la isla (Duany 2002: 40). De ahí su insistencia en reelaborar una imagen positiva del puertorriqueño y de la “puertorriqueñidad”, que contestara la resignada sumisión inscrita en el imaginario nacional puertorriqueño—y en el norteamericano. Con este ánimo combatiente finalizaba esta carta, a partir de un llamado de atención con el que pedía reflexionar y volver la mirada sobre Puerto Rico, porque Mas Pozo era consciente de la necesidad de despertar en el público lector la confianza en la independencia de Puerto Rico, pero además porque reconocía que tanto la migración como el desinterés ante la situación colonial en la isla contribuían con la idea de la inferioridad racial con la cual era legitimada la humillación de la población puertorriqueña:

[...] No somos un fenómeno de la naturaleza, somos gentes, como toda la que hay en el mundo entero poseemos la misma naturaleza, con la diferencia, que en mi patria, hay gran mayoría de inteligencias, de hombres honrados, cultos, y todos los atributos generosos y grandes, propios de naciones progresistas y cultas. [...]

Analiza hermano mío, piensa y actúa. Eres inteligente, no vengas a estas playas a humillar tu dignidad de hombre, y sé siempre consciente, en todos los casos de la vida.

Ni el gobernador Roosevelt, ni otros gobernadores cambiarán el estado de cosas. Lo que quiere el puertorriqueño es, ser dueño de su propia casa y no tener más amos, por eso luchó treinta años ha. (1930a: 6)

En estas reflexiones en torno al problema de la nación y la independencia puertorriqueña quisiera enfatizar que, además de ser mujer, María Mas Pozo era un sujeto colonial y formaba parte del conglomerado hispano como minoría étnica en Estados Unidos. En consecuencia, su posición distaba mucho de corresponderse con la del letrado

hegemónico. Por el contrario, al acceder a la opinión pública que construían los medios impresos y al inscribir a la colonia puertorriqueña en la metrópoli como parte del proyecto de nación puertorriqueña, Mas Pozo no solo desarticulaba las jerarquías de género que regían el discurso nacionalista insular, sino que además problematizaba las fronteras geográficas y temporales con las cuales era representada la nación puertorriqueña por los discursos nacionalistas.

Porque, en efecto, a pesar de que para esta escritora eran indisociables las miserias de la migración puertorriqueña de la situación colonial en la isla, muchas de sus cartas eran formuladas desde una posición “étnica”, es decir, desde un lugar político, social y geográfico que se construía desde la metrópoli y en cuyos relatos podrían reconocerse los sujetos y las experiencias de la creciente colonia puertorriqueña en Nueva York.⁷ Esta posición étnica era formulada sobre todo en las narrativas que representaban las necesidades y prácticas cotidianas, así como las estrategias de negociación cultural con la sociedad, tecnología y libertades norteamericanas, muy especialmente en lo que respecta a los problemas políticos e identitarios y los prejuicios con los cuales la sociedad, la justicia y los medios de comunicación norteamericanos estereotipaban y discriminaban racialmente a la comunidad puertorriqueña en Nueva York. En este sentido fue publicada una carta el 17 de febrero de 1931, en la que María Mas Pozo reaccionaba en contra de los insultos de la opinión pública neoyorkina, la cual atacaba violentamente a la migración puertorriqueña en dicha ciudad en un editorial del diario *New York Evening Telegram* en el que se afirmaba que la situación de miseria, hambre y enfermedad en la isla amenazaba con hacer de Nueva York “el basurero para el exceso de población enfermedades tropicales de Puerto Rico” (1931d: 6). De acuerdo con este editorial, los “hambrientos”, “desempleados”, “insalubres”, “salvajes” y “analfabetas” puertorriqueños se habían convertido en un problema social “de real magnitud” para la ciudad. Como era de esperar, a este editorial Mas Pozo respondió con una crítica mordaz a la pretendida democracia norteamericana, responsabilizando al gobierno colonial de la miseria y de las muertes de la población puertorriqueña en la isla; pero sobre todo evidenció el desprecio y desconocimiento con el que el gobierno colonial trataba a los puertorriqueños. Ante esta situación insistía en la necesidad de la libertad y del gobierno entre iguales, e introducía sus proximidades con el comunismo en la alusión a las formas de comunidad igualitarias que representaban las hordas: “Puerto Rico, para no verse vilipendiado ante el mundo entero, necesita, necesita [sic] gobernarse por sus mismas hordas. No queremos más cazadores. Basta ya de insultos. Estamos cansados, avergonzados, hambrientos, humillados...” (1931d: 8). Al final de su carta retomaba “el problema” puertorriqueño para denunciar el evidente prejuicio con el cual, en una ciudad formada por inmigrantes de diferentes nacionalidades,

el maltrato y el desprecio eran dirigidos exclusivamente hacia los puertorriqueños, quienes además de haber sido privados de su libertad eran convertidos en una amenaza para la sociedad neoyorkina:

No es justo que si se nos desprecia, se pretenda tener tratos con nosotros. En Nueva York hay miles de italianos, alemanes, judíos, polacos, y las miradas de desconfianza y desprecio, de asco, es dirigida para el puertorriqueño en particular. El puertorriqueño es un problema, los individuos de otras nacionalidades no son problema. Libertad, libertad es lo que deseamos, para no ser carga para nadie. Nuestra isla libre de capataces que manden y gobernada por las hordas y para las hordas. (1931d: 8)

Aun cuando María Mas Pozo no lo dijera explícitamente en esta carta, el problema “puertorriqueño” era un problema racial. Como explica Lorrin Thomas (2010: 58), los prejuicios raciales comenzaron a ser parte de las preocupaciones y debates entre los puertorriqueños en la metrópoli sobre todo a partir de la década del treinta, cuando, como consecuencia de la Depresión, el origen racial comenzó a ser un motivo de competencia para la adquisición de trabajo y de ayudas económicas, hasta llegar a convertirse en un asunto público, que afectaba especialmente a grupos minoritarios como el puertorriqueño:

During the thirties, Puerto Ricans began to see how, as American citizens upon arrival in the United States, the ascription of a nonwhite identity would exact a measurable cost. They began to express fears that if they became, like Negroes, ‘citizens without rights’, they would be excluded from many of the benefits and protections that white citizens expected, demanded, and got. (Thomas 2010: 58)

En sus cartas, María Mas Pozo arrastraba consigo las ficciones criollas de un mestizaje que excluía al negro de los relatos de identidad y pertenencia nacional. Contradictoriamente, a pesar de que en cartas como “El canto criollo” (Mas Pozo 1931e) hermanara la población afroamericana con las razas hispanoamericanas mediante las experiencias compartidas de opresión colonial; en sus alegatos en contra de las discriminaciones de los puertorriqueños en la metrópoli no solo no cuestionaba los motivos racistas, sino que además contribuía con ellos al negar la negritud—y los problemas raciales—como parte de “la raza puertorriqueña” y al posicionar a los puertorriqueños—poseedores de una raza mestiza—por encima de los negros norteamericanos. Este fue, en efecto, el rumbo que tomaron sus opiniones en una de sus cartas titulada “Miserias al desnudo”, publicada el 12 de enero de 1931, en la que afirmaba:

Creo, que es hora de pensar largo y profundo sobre la situación de mis compatriotas en este país. [...]

El puertorriqueño, no tiene necesidad de ser conceptualizado como un ‘wretched’ y es hora, repito, que pensemos largo y profundo sobre esta materia que afecta nuestra salud física, moral y material.

Puerto Rico necesita su independencia. El puertorriqueño no debe ser conceptualizado peor que el negro nativo de este país.

No queremos una ciudadanía norteamericana que nos humilla, quitándonos nuestra dignidad, después de habernos despojado en nombre de la humanidad de nuestro bendito suelo.

Queremos ser puertorriqueños netos, solamente orgullosos de una sola raza; aquella que mezcló su sangre blanca, con la ardiente sangre india. [...] (1931a: 6—las cursivas son de autor)

Esta carta se originaba en reacción a un artículo publicado en el *New York American*, el cual se regodeaba en la situación de miseria en la que vivían los negros en Nueva York, entre quienes identificaba a los puertorriqueños, “miserables y lastimosas criaturas”, cuya mano de obra era aun peor pagada que la de la “gente de color”. Como lo ilustran los párrafos anteriores, la respuesta de Mas Pozo ante las agresiones de este artículo era una reacción en defensa de las humillaciones que sufrían los puertorriqueños en la metrópoli, pero esta vez no era desde el “nosotros” que criticaba esta situación. En esta carta, Mas Pozo hablaba de los “otros”, de sus “compatriotas”, se distanciaba del negro norteamericano, pero también del puertorriqueño considerado como el negro en suelo americano, porque para esta escritora “ser puertorriqueño neto”, significaba reconocerse como parte del mestizaje entre blancos e indios.⁸ Es quizás esta distancia la que le llevó a cuestionar los engaños de una ciudadanía hipócrita que amparaba el maltrato de los puertorriqueños, pero sin criticar el hecho de que dicha ciudadanía se erigía sobre prácticas racistas que menospreciaban a los “negros nativos” de Estados Unidos y a las cuales, de alguna manera, contribuía ella también con sus opiniones.

Ciertamente, los prejuicios raciales de Estados Unidos diferían de los que existían en Puerto Rico—en el Caribe y en América Latina en general—, en donde las categorías raciales suponían la pertenencia a una clase y un origen asociados a privilegios sociales y económicos; porque aun cuando muchos de los prejuicios en la isla estigmatizaran

la inferioridad/superioridad de unas razas sobre otras, las diferencias raciales no eran marcadores de una inmutabilidad social, como sí ocurría en Estados Unidos, donde ser “Negro” significaba pertenecer a una categoría fija, que se ubicaba en la última escala de las jerarquías sociales y que se superponía a cualquier otra marca de identidad (Thomas 2010: 59–60). De allí que no se deba pasar por alto el hecho de que para María Mas Pozo la discriminación racial en la que se veían atrapados los puertorriqueños era consecuencia directa de un modelo de sociedad—y socialización—que había sido impuesto por el colonialismo norteamericano. En correspondencia con esta idea, las cartas y figura de Mas Pozo destacan por dos aspectos. Por una parte, porque representan otra cara de la migración, una que, a pesar de su elitismo y distancia racial, era crítica con las transformaciones en las estructuras de socialización y enfatizaba los efectos sociales negativos que había traído consigo la colonización norteamericana tanto en la isla como entre sus ciudadanos en la metrópoli. Por otra parte, porque para esta escritora era el llamado a la movilización y su inagotable reiteración de la necesidad de infundir en el colectivo el valor de la independencia puertorriqueña el fin último de sus cartas. Por la conjunción de estas características destaca una carta publicada el 12 de julio de 1934, bajo el título “Los prejuicios raciales”, en la que Mas Pozo comentaba: “Por fin hemos llegado a ocupar los escalones raciales ante el pueblo de Norte América. [...] Lo más bonito no es que esto ocurra en el propio territorio saxo-americano, sino que ocurra en ‘nuestra’ propia tierra, donde se nos cree indignos de respirar el aire que ellos respiran... allá” (1934a: 4).

De allí que no se deba pasar por alto el hecho de que para María Mas Pozo la discriminación racial en la que se veían atrapados los puertorriqueños era consecuencia directa de un modelo de sociedad—y socialización—que había sido impuesto por el colonialismo norteamericano.

La arrogancia con la cual los norteamericanos subestimaban a los puertorriqueños era una de las respuestas que encontraba Mas Pozo para explicar en esta carta el por qué de las humillaciones diarias de los puertorriqueños en la isla. Sin embargo, también otorgaba gran parte de la responsabilidad a la poca dignidad y al poco amor que, de acuerdo con esta escritora, sentía el puertorriqueño por sí mismo y por su tierra, motivos por los cuales cada vez eran más los que emigraban a Estados Unidos, aun a pesar de las condiciones deplorables en las que vivían en la metrópoli. Ciertamente, Mas Pozo, quien se incluía en este colectivo, no mencionaba que los problemas económicos y el desempleo que imperaban en la isla eran los principales

motivos de estas migraciones, pero sí responsabilizaba a los líderes puertorriqueños porque su desinterés ante los problemas vitales de la isla—entre los que Mas Pozo listaba sífilis, anemia, tuberculosis, hambre, prostitución...—solo conseguía otorgar una mayor hegemonía al régimen colonial y reforzar el sentido de superioridad en los norteamericanos. Sin embargo, a pesar del desconsuelo que impregna esta carta, en ella aparecía un nuevo sujeto político, “la masa del pueblo”, y un nuevo líder, Albizu Campos, en ellos encontraba Mas Pozo la esperanza de una posibilidad de cambio en el rumbo político de Puerto Rico:

Mas, aunque parezca mentira, podemos asegurar que en Puerto Rico, los únicos que quedan con vergüenza es esa masa del pueblo, que aún no ha sido prostituida, y eso ha ocurrido porque un Albizu Campos ha salvado de la llaga cancerosa esa parte, que gime y se debate en el ambiente podrido de una politiquería completamente prostituida. [...]

Mas, no es tarde aún. La esperanza [...] no ha muerto en nuestros corazones, y de ese modo ya que no el comunismo, que aún no es comprendido en el espíritu de un pueblo esclavo, el nacionalismo va formando el alma de ese pueblo, que nunca ha tenido su ‘yo’, y día tal vez llegará en el cual pensando ya por sí propio, vacíe su amor y solidaridad en el seno de las doctrinas de Marx y Engels... (1934a: 4, 8)

La importancia e influencia que había adquirido Albizu Campos en la posición nacionalista de María Mas Pozo quedaba plasmada en esta carta, en la cual el sujeto popular emergía como factor de cambio gracias a la influencia de este líder y a su capacidad para despertar en el pueblo la conciencia de lucha y el amor a la patria. Además de estar comprometida con la causa independentista, Mas Pozo indagaba formas de gobierno en las que la solidaridad y la dignidad condujeran a hombres y mujeres hacia su emancipación. Y esta última es, sin duda, una de las pautas que nos permite organizar el pensamiento y el posicionamiento político de Mas Pozo porque sus cartas, ensayos y debates periodísticos, así como el único libro que de ella se conoce—*El camino de la violencia* (1973)—, están orientados hacia la búsqueda de la emancipación de las naciones y de los sujetos populares. Es decir, es desde la libertad del hombre y la mujer—y no la igualdad, como reiteradamente lo expone en sus textos acerca de la mujer moderna—, desde la autonomía de las naciones—y a partir de las alianzas de sus pueblos—, desde la formación productiva de los ciudadanos y ciudadanas de los diferentes niveles sociales desde donde Mas Pozo entiende el progreso y los logros de la modernidad.

4. CONEY ISLAND REVISITED

El 27 de julio de 1934 fue publicada una carta de María Mas Pozo que sobresale por entre las demás. Con el título “El Ganges norteamericano”, esta carta representaba la mirada de esta escritora sobre Coney Island, mirada que sin lugar a dudas recuerda con creces la conocida crónica martiana. Sin embargo, Martí y sus crónicas norteamericanas, más que un punto de comparación suponen un punto de partida para comprender esta otra cara de la modernidad que registran los sujetos excéntricos a la ciudad letrada y a los relatos hegemónicos del progreso. Para comprender esta distinción y formular mis conclusiones, prestaré especial atención a dos de los muchos temas de discusión que suscita esta crónica, por una parte, la representación de la sociedad de consumo a través de la óptica de las relaciones de género; por otra, el lugar de enunciación del sujeto hablante de esta carta y su posición en las narrativas de la modernidad. Con estos objetivos en mente, me permito la licencia de citar extensamente dicha carta:

Y, aburrida, me encaminé a las populares playas de Coney Island.

El periódico anunciaba que un millón de seres humanos pululaban por su arena. Un millón. ¡Respetable cifra! Un millón de seres, bañándose en las aguas rugientes, y en los pasivos rayos solares. Un millón de seres que también se revolcaban en la arena. [...]

Al ver el conjunto de tanta humanidad que parecía alocada en su inmensa mayoría, una nota de pena me invadió.

Mujeres grotescas en su horrible fealdad. Gruesas y deformes. Panzudas. Gambadas, delgadas como bastones otras. Trajes ridículos que parecían cuadros futuristas donde la turbación mental del artista se nota al momento.

Hombres guapos y jóvenes, casados con mujeres que parecen más su madre que su esposa. Razas de todas partes del mundo gritaban, cada cual para hacerse oír de los suyos. Pregoneros haciendo oír en el ruido ensordecedor su mercancía daba toda la idea de un asilo de locos a la intemperie... [...]

Las muchachas más o menos bonitas, extienden su cuerpo en la arena plomiza de tanto sucio, para ofrecer al visitante el blancor de su cuerpo, en tentativas posiciones lascivas.

Senos de mujer al aire. Cuerpos femeninos apenas cubiertos por el ultra moderno traje, aparecen como mercado de esclavas ofreciéndose ellas mismas. [...]

Nunca me pareció el hombre más cerca de la bestia. Aquellos semblantes alocados, con aquella alegría imbécil, me llenaron de la tristeza de la vida. Tuve pena de todos. [...]

¡Cuánta carne de rebaño! Todos obedecen. Nadie piensa. Ninguno inicia una vida mejor. Todos van y vienen. Contentos con su parte no protestan. ¡Ideales! ¡Lucha! Ellos no saben sino el camino de la fábrica. [...]

¡Oh, mundo trabajador, que obedeces al instinto y no a la inteligencia, porque ésta está embotada por la causa del más fuerte! Del más, sí, canalla...

Y mientras me ensimismaba en estas meditaciones, alcé la frente y ví un ‘motor boat’ con un anuncio que decía: ‘Free Thaelmann’. Dió una sacudida mi mente. Ví otros hombres diferentes, que marchaban hacia la Vida. Hacia la acción, en contra de la injusticia, de la canallada... (1934b: 4)

La indefinición de los cuerpos con la que María Mas Pozo describe la población que visita Coney Island más que corresponderse con una galería de otredades, supone la representación del caos con el que esta escritora concebía la sociedad moderna norteamericana y el vacío del progreso que traía consigo la inmersión de las masas en la cultura del entretenimiento. Una indefinición que pasaba por las transgresiones en las relaciones heterosociales y la confusión de razas en un mismo espacio. Dichos cuerpos carecían de formas porque, de acuerdo con la mirada de Mas Pozo, eran improductivos, es decir, porque en su búsqueda del divertimento se ubicaban fuera de las lógicas con las que el biopoder controla la materialidad de los cuerpos y somete la individualidad de sus individuos,⁹ pero también porque eran cuerpos que en su vestir y en la exposición de sus deseos transgredían las regulaciones heteronormativas que definen la identidad de los sujetos.

De ahí que el cuerpo de la mujer y el significado de la feminidad fueran objetos de regulación, no solo de parte de escritoras como María Mas Pozo, sino sobre todo de parte de escritores y medios de comunicación que buscaban controlar la identidad de las mujeres de la colonia puertorriqueña en Nueva York.

La crítica de María Mas Pozo, en este sentido, se correspondía con la influencia de la sociedad del consumo en todos los estadios de la vida moderna; la suya era una perplejidad ante la irracionalidad y confusión identitaria que promovía la industria cultural y respaldaban las luchas por la igualdad de las mujeres. Así como en otras cartas censuraba la individualidad con la que las lógicas del progreso habían transformado las formas de reconocimiento comunitario, en esta cuestionaba la alienación de la sociedad moderna y lo que consideraba como la pérdida de la identidad de sus sujetos. Para ella, las masas que se congregaban en Coney Island eran representativas de las transformaciones que habían sufrido el orden moral e intelectual en la sociedad norteamericana. Su ansiedad ante la identidad de la mujer, particularmente la mujer moderna, que abordó en otras cartas y muchos de sus textos

publicados en *Gráfico y Artes y Letras*, era expresada aquí a través del escrutinio de su cuerpo. Por ello dirigía su diatriba contra las transformaciones de una modernidad “errónea” que había desestructurado las regulaciones de los géneros y las atribuciones que correspondían a hombres y mujeres en la formación de la familia y la sociedad. Y no cabe duda de que estas transformaciones también ocurrían en Puerto Rico,¹⁰ pero la velocidad de la urbe neoyorquina; el avasallamiento de imágenes de las mujeres en los medios escritos, el cine y la publicidad; los avances tecnológicos y las transformaciones en las prácticas sociales entre hombres y mujeres en la metrópoli acarrearán consigo transformaciones mayores. De ahí que el cuerpo de la mujer y el significado de la feminidad fueran objetos de regulación, no solo de parte de escritoras como María Mas Pozo, sino sobre todo de parte de escritores y medios de comunicación que buscaban controlar la identidad de las mujeres de la colonia puertorriqueña en Nueva York.

Así, la deformación de la masa trabajadora en la alienación que propiciaba la cultura del consumo y del disfrute era representada por Mas Pozo en su recorrido por Coney Island. A pesar de no reconocerse en la conciencia autorreflexiva de su lugar de enunciación, María Mas Pozo, en su posición de sujeto hablante de esta carta, se beneficiaba de la movilidad y del acceso al espacio público que, justamente la industria cultural y la popularidad de la cultura del tiempo libre, habían permitido a las mujeres, principalmente a las mujeres inmigrantes y de los sectores obreros de espacios urbanos como Nueva York. La legitimidad de su escritura y su deambular por la ciudad son dos prácticas complementarias y consecuentes de las transformaciones que trajo consigo la democratización de la educación y las nuevas formas de interacción (hetero)sociales que estimuló la comercialización del entretenimiento, las cuales permitían a las mujeres inmigrantes y aquellas de las clases obreras—entre quienes se encontraban las mujeres de su crónica—experimentar nuevas formas de autonomía y de autorrepresentación, aun a pesar de las opresiones que causaba el consumo (Peiss 1986: 3–10). Desde esta perspectiva, aun cuando la distancia de su mirada se asemeje a la mirada aristocratizante del letrado decimonónico latinoamericano, que buscaba controlar y catalogar las masas en sus nuevas prácticas de apropiación del espacio público; la diferencia del lugar de enunciación que operaba en Mas Pozo debe conducir nuestra reflexión hacia las prácticas legitimadoras con las que la industria cultural facilitó el acceso de las masas populares—y la galería de sujetos subalternos, entre ellos, las mujeres—a los “nuevos” espacios del saber que construyeron los medios de comunicación de masas. Así, aun en su distancia de la masa que mira y describe, Mas Pozo resignificaba el aspecto socializador de la industria cultural: su recorrido partía de su intención observadora, de “su voluntad” de acercarse a este espacio de esparcimiento popular, pero no por el deseo de mezclarse con esta multitud, sino por

el impulso racional de la comunicación: la prensa es el medio que informa y que, a través de sus noticias, promueve diferentes maneras de apropiación del espacio urbano y, en consecuencia, del espacio público. La prensa y las noticias que en ella circulaban funcionaban a su vez como herramientas que le permitían al lector/receptor de la información “comprender e imaginar el mundo”, pero a su vez, “actuar en el mundo” (Rivas Rojas 2002: 17). De estas estrategias se servía Mas Pozo para desarticular las fronteras entre el espacio privado de la lectura y el espacio de la opinión pública y, desde el privilegio de quien agencia la mirada, construir al otro y desarrollar una posición de poder sobre la sociedad norteamericana que cuestionaba y censuraba, y erigirse en sujeto del saber.

Desde esta posición y aun cuando la industria cultural empañara su visión de la ciudad, en su recorrido por Coney Island, Mas Pozo reconocía otra cara de la modernidad: aquella representada en la lucha de clases. Y hacia ella perfilará su escritura.

AGRADECIMIENTOS

El estudio de *La Prensa* de Nueva York ha sido posible gracias a las ayudas del “Puerto Rican Diaspora Research Grant, 2008-2009” y el “Historical Preservation & Research Partnership Program, 2011-2012” ambas otorgadas por el Centro de Estudios Puertorriqueños de Hunter College de Nueva York. De igual forma, quiero agradecer a los/las evaluadores/as externos/as de *CENTRO Journal* por sus pertinentes sugerencias y estimulantes comentarios sobre el presente artículo.

NOTAS

¹ Véase al respecto, entre otros textos, Acosta-Belén (1986); Sánchez Korrol (1986); Kanellos (2011); y Schlau (2012).

² Para una lectura más detallada acerca de la vida y producción intelectual de María Mas Pozo, véase Vera-Rojas (2008).

³ En Vera-Rojas (2010) profundizo en los detalles de dichos debates.

⁴ Por “posnacional” entiendo con Donald E. Pease, “the site in-between the nation and the state that is traversed by these multiple and heterogeneous acts of narration. These narrative activities inscribe ‘national peoples’ within a space that is neither organic nor contractual, neither the origin nor the end of the nation, but in-between the national and these different acts of narration” (1997: 2).

⁵ Quedaría pendiente repensar la posición “nuestroamericanista” con la que Mas Pozo estimula la formación de comunidades en la metrópoli en el marco de la lectura que José M. Irizarry Rodríguez (2008) desarrolla del concepto de comunidad en Bernardo Vega y Jesús Colón, cuyas perspectivas considera “tradicionalistas”, y en Pedro Juan Labarthe y Arturo Alfonso Schomburg, en cuyas narrativas concibe sus posiciones “modernizadoras”.

⁶ Entre estas figuras destaca muy especialmente José Martí. Véase al respecto, entre otros textos, Ramos (1996) Lomas (2008).

⁷ En mi propuesta reconozco las ideas desarrolladas al respecto por Torres-Padilla (2002).

⁸ En efecto, así lo reconfirmaba en la carta del 16 de febrero de 1931, en la que respondía a las críticas que había despertado su carta. Este debate, así como las reacciones y preocupaciones de otros lectores y lectoras en torno al tema de la identidad racial en la colonia puertorriqueña en Nueva York, son tratados con detalle por Thomas (2010)—ver, en especial, el capítulo titulado “Confronting Race in the Metropole”.

⁹ “El cuerpo solo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido”, señalaba Foucault (2002: 33) al referirse a las estrategias de disciplinamiento con las cuales el Estado moderno controlaba a sus sujetos y normalizaba sus cuerpos.

¹⁰ Ver, al respecto, Gladys M. Jiménez-Muñoz (1998).

OBRAS CITADAS

- Acosta-Belén, Edna, ed. 1986. *The Puerto Rican Woman. Perspectives on Culture, History and Society*. 2nd ed. New York: Praeger Publishers.
- Baudrillard, Jean. 2005. *Cultura y simulacro*. Barcelona: Editorial Kairós.
- Bauman, Zygmunt. 2008. *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. 3ª ed. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

- Benjamin, Walter. 1989. *Discursos interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.
- Catelli, Nora. 2001. *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Chartier, Roger. 2010. Aprender a leer, leer para aprender. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Debates. <http://nuevomundo.revues.org/58621>; DOI: 10.4000/nuevomundo.58621/.
- de Lauretis, Teresa. 2000. Sujetos excéntricos. En *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. 111–73. Madrid: Horas y Horas.
- Díaz Quiñones, Arcadio. 2006. *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- Duany, Jorge. 2002. *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Felski, Rita. 1995. *The Gender of Modernity*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- . 2000. New Cultural Theories of Modernity. En *Doing Time. Feminist Theory and Postmodern Culture*. 56–76. New York: New York University Press.
- Foucault, Michel. 2002. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Hall, Stuart. 1996. Introduction. En *Modernity. An Introduction to Modern Societies*, eds. Stuart Hall et al. 3–18. Cambridge, MA: Blackwell.
- Harp, Dustin. 2007. *Desperately Seeking Women Readers. U.S. Newspapers and the Construction of a Female Readership*. Lanham, MD: Lexington Books.
- Hollows, Joanne. 2000. *Feminism, Femininity and Popular Culture*. Manchester: Manchester University Press.
- Huyssen, Andreas. 2002. *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Irizarry Rodríguez, José M. 2008. Evolving Identities. Early Puerto Ricans Writing in the United States and the Search for a New *Puertorriqueñidad*. En *Writing off the Hyphen: Critical Perspectives on the Literature of the Puerto Rican Diaspora*, eds. José L. Torres-Padilla y Carmen Haydée Rivera. 31–51. Seattle: University of Washington Press.
- Jiménez-Muñoz, Gladys M. 1998. Literacy, Class, and Sexuality in the Debate on Women's Suffrage in Puerto Rico During the 1920s. En *Puerto Rican Women's History*. New Perspectives, eds. Félix V. Matos Rodríguez y Linda C. Delgado. 143–70. Armonk, NY: M.E. Sharpe.
- Kanellos, Nicolás. 2011. *Hispanic Immigrant Literature*. El sueño del retorno. Austin: University of Texas Press.
- Lomas, Laura. 2008. *Translating Empire. José Martí, Migrant Latino Subjects, and American Modernities*. Durham, NC: Duke University Press.
- Martín-Barbero, Jesús. 1998. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Mas Pozo, María. 1930a. Puerto Rico en Hispano América. *La Prensa* 5 diciembre: 6+.
- . 1930b. ¿Es el hombre más feliz.... *La Prensa* 26 diciembre: 6+.
- . 1931a. Miserias al desnudo. *La Prensa* 12 enero: 6+.
- . 1931b. Un editorial de LA PRENSA publicado hace varias semanas.... *La Prensa* 21 enero: 6+.

- _____. 1931c. LA PRENSA del 9 daba la noticia.... *La Prensa* 28 enero: 6+.
- _____. 1931d. En referencia al viaje del gobernador Roosevelt.... *La Prensa* 17 febrero: 6+.
- _____. 1931e. El canto criollo. *La Prensa* 25 julio: 6+.
- _____. 1934a. Los prejuicios raciales. *La Prensa* 12 julio: 4+.
- _____. 1934b. El Ganges norteamericano. *La Prensa* 27 julio: 4+.
- _____. 1973. *El camino de la violencia*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Edil.
- Pease, Donald. E. 1997. National narratives, postnational narration. *Modern Fiction Studies* 43(1): 1-23.
- Peiss, Kathy. 1986. *Cheap Amusements. Working Women and Leisure in Turn-of-the-Century New York*. Philadelphia: Temple University Press.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, NH: Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio. 1989. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: FCE.
- _____. 1996. Migratorias. En *Paradojas de la letra*. 177-86. Caracas: Ediciones eXcultura.
- _____. 2002. Hemispheric Domains: 1898 and the Origins of Latin Americanism. En *The Globalization of U.S.-Latin American Relations: Democracy, Intervention, and Human Rights*, ed. Virginia M. Bouver. 47-64. Westport, CT: Praeger.
- Rivas Rojas, Raquel. 2002. *Bulla y buchiplumeo. Masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista*. Caracas: La Nave Va.
- Sánchez Korrol, Virginia E. 1986. The Forgotten Migrant: Educated Puerto Rican Women in New York City, 1920-1940. En *The Puerto Rican Woman. Perspectives on Culture, History and Society*, 2nd ed., ed. Edna Acosta-Belén. 170-9. New York: Praeger Publishers.
- Schlau, Stacey. 2012. A cultural leader in pre-1950 Puerto Rican New York: Josefina Silva de Cintrón. *Letras femeninas* 38(1): 71-91.
- Silva Beaugard, Paulette. 2007. *Las trampas de los lectores. Estrategias de la modernización cultural en Venezuela (siglo XIX)*. Caracas: Fundación para la cultura urbana.
- Thomas, Lorrin. 2010. *Puerto Rican Citizen. Historical and Political Identity in Twentieth-Century New York City*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Torres-Padilla, José L. 2002. When 'I' became ethnic: Ethnogenesis and three early Puerto Rican diaspora writers. *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 19(2): 181-97.
- Vera-Rojas, María Teresa. 2008. Mas Pozo, María. En *Encyclopedia of Latino Literature*, ed. Nicolás Kanellos. 748-50. Westport, CT: Greenwood Press.
- _____. 2010. Polémicas, feministas, puertorriqueñas y desconocidas: Clotilde Betances Jaeger, María Mas Pozo y sus 'Charlas femeninas' en el *Gráfico* de Nueva York, 1929-1930. *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 22(2): 4-33.
- Zanetti, Susana. 2002. *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora.